

ESE VERANO A OSCURAS

MARIANA
ENRIQUEZ

Ilustrado por Helia Toledo



MARIANA ENRIQUEZ

Ilustrado por Helia Toledo



Mariana Enriquez, *Ese verano a oscuras*
Primera edición digital: noviembre de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-654-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Colección Voces / Literatura 289

© Mariana Enríquez, 2019
© De las ilustraciones: Helia Toledo, 2019
© De esta portada, maqueta y edición:

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

La ciudad era pequeña pero nos parecía enorme sobre todo por la Catedral, monumental y oscura, que gobernaba la plaza como un cuervo gigante. Siempre que pasábamos cerca, en el coche o caminando, mi padre explicaba que era estilo neogótico, única en América Latina, y que estaba sin terminar porque faltaban dos torres. La habían construido sobre un suelo débil y arcilloso que era incapaz de soportar su peso: tenía los ladrillos a la vista y un aspecto glorioso pero abandonado. Una hermosa ruina. El edificio más importante de nuestra ciudad estaba siempre en perpetuo peligro de derrumbe a pesar de sus vitrales italianos y los detalles de madera noruega. Nosotras nos sentábamos enfrente de la Catedral, en uno de los bancos de la plaza que la rodeaba, y esperábamos algún signo de colapso. No había mucho más que hacer ese verano. La marihuana que fumábamos, comprada a un dealer sospechoso que hablaba demasiado y se hacía llamar El Súper, apestaba a agroquímicos y nos hacía toser tanto que con frecuencia quedábamos mareadas cerca de las puertas custodiadas por gárgolas tímidas. Nunca fumábamos apoyadas contra las paredes de la Catedral, como hacían otros, más valientes. Le teníamos miedo al derrumbe.

Ese verano la electricidad se cortaba por orden del gobierno, para ahorrar energía, en turnos de ocho horas. Mi padre, que no podía dejar de explicar cosas que no entendíamos del todo, nos había dicho que de las tres centrales energéticas del país solo funcionaba una, y poco, y mal. Para las otras dos hacía falta dinero de inversiones, y el país no iba a conseguir ni un peso porque debía demasiado a acreedores extranjeros. Entonces: no iban a funcionar. «¿Íbamos a estar sin luz para siempre?», pregunté una tar-

de, llorando. ¿Qué quería decir deuda externa? Eran las palabras más feas y tristes que podía imaginarme. No había cines. No había música. No nos dejaban caminar por algunas calles demasiado oscuras. A veces la electricidad no regresaba después de las ocho horas prometidas y estábamos a oscuras un día completo. Los partidos de fútbol se jugaban de día. No había baterías ni grupos electrógenos para alquilar en toda la ciudad. La televisión duraba apenas cuatro horas, hasta la medianoche y ya no pasaba buenas películas. Yo no quería vivir así. También subían los precios. Si compraba cigarrillos para mi madre por la mañana, costaban dos pesos; a la tarde, el mismo paquete costaba tres. Los nombres de nuestro fin del mundo eran crisis energética, hiperinflación, bicicleta financiera, obediencia debida, peste rosa. Era 1989 y no había futuro.

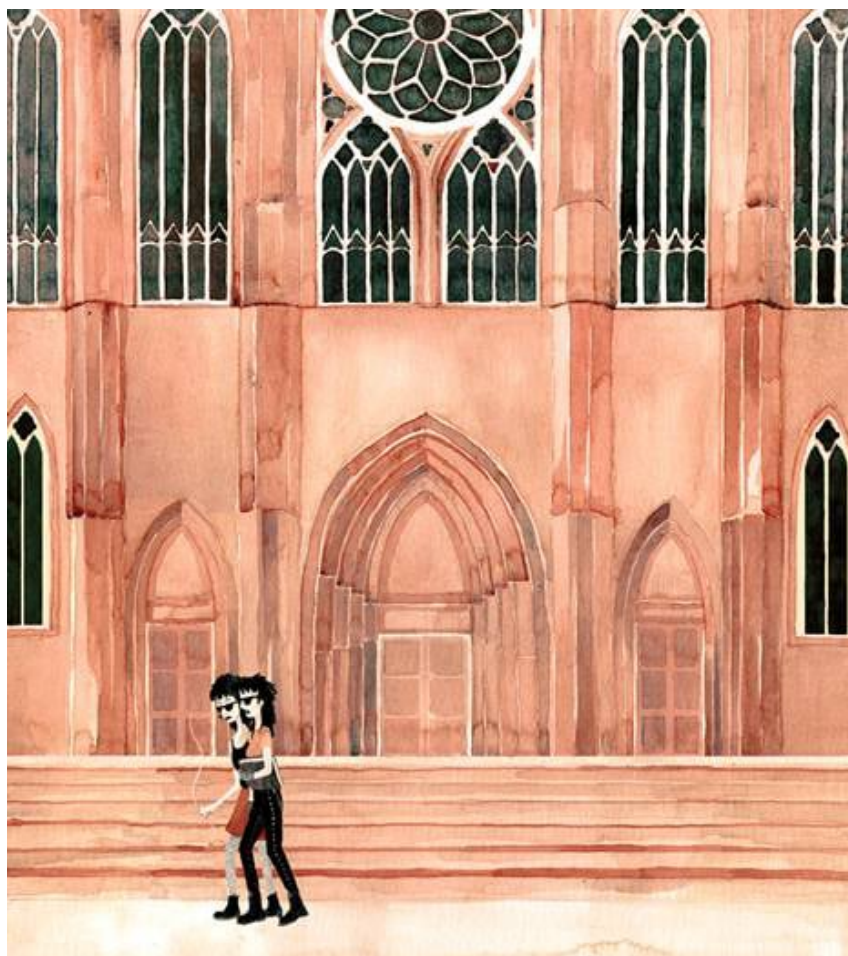


A los 15 años, cuando una chica no tiene futuro toma el sol con todo el cuerpo cubierto de Coca-Cola y a la piel pegoteada se acercan las moscas. O se enamora de la muerte y se tiñe el pelo y los jeans de negro. Si puede se compra un velo y guantes de encaje. Algunas de mis compañeras de colegio se pasaban las tardes bronceándose para una playa imposible. Virginia y yo solo usábamos la piletta cuando el calor era selvático, para refrescarnos. Preferíamos la ropa negra y la palidez. Volvíamos a nuestras casas siempre tarde. Si nuestros padres nos retaban, lo hacían sin entusiasmo. No recuerdo demasiado a los padres ese

verano, salvo al mío con sus explicaciones de lo inexplicable. Los demás o estaban buscando trabajo o estaban deprimidos en la cama o tomando vino frente al televisor apagado o en algún consulado intentando conseguir una ciudadanía europea para escaparse, cualquier ciudadanía europea, si era italiana o española mucho mejor.

Virginia y yo nos obsesionamos con los asesinos seriales ese verano. Habíamos conseguido un libro en la feria que se montaba los domingos en la plaza frente a la Catedral. Estaba entre un montón de basura: cubos Rubik, mazos de cartas muy usados, adornos de cobre, llamadores de bronce con seguridad robados de puertas antiguas, botellas de colores, pulseras de plástico, collares de abuela. Algunos de los objetos se vendían, pero otros se podían canjear: nadie sabía exactamente cuánto valía el dinero, así que el trueque resultaba más razonable.

El libro de asesinos seriales era barato y estaba muy manoseado. Le dedicaba un capítulo a cada uno de los más famosos. Lo hojeamos primero con curiosidad y después con deleite. Solo había fotos de ellos, de los asesinos, pero los crímenes se explicaban en detalle y hablaban de cinturones hechos con piel y decorados con pezones y de sexo con chicas muertas en bosques oscuros. Lo cambiamos por dos platos de porcelana de Limoges de la colección incompleta de mi abuela. Leímos en el fresco de las escaleras del edificio.



Esa noche, yo saqué el tema en la cena a la luz de las velas, sobre el puré de papas y un churrasco demasiado cocido. «No hay asesinos seriales en la Argentina», dijo mi padre y se sirvió vino. «Salvo que cuentes a los generales», agregó mi madre; parecían querer pelear, otra vez. Me fui a mi habitación con una vela y leí: habíamos decidido que esos días yo me quedaría con el libro porque mis padres eran más «permisivos». Virginia llamó por teléfono para venir de visita. Era tarde, pero la falta de electricidad enloquecía los horarios, resultaba imposible dormir con tanto calor y, a pesar de la oscuridad, la gente estaba en la calle

más que nunca, abanicándose, silenciosa en sus sillas de plástico, esperando que la luna roja explotara en el cielo o las estrellas lanzaran haces de luz que nos devolvieran la electricidad o acabaran con nosotros. Los ventiladores, muertos, parecían reírse del sopor y de algún llanto mortecino que, a veces, rompía el silencio. Esa noche leímos hasta que las velas se acabaron y Virginia tuvo que volver a su departamento tanteando las paredes.



De día, nos paseábamos con el libro bajo el brazo. Cuando mencionábamos el contenido, los vecinos y los padres y otras chicas nos acusaban de morbosas. Nosotras estábamos hartas de que nos dijeran «no hay asesinos seriales en la Argentina». Alguno debe haber, insistíamos. ¿Acaso no recordaban a Carlitos *Cara de Ángel*, el adolescente hermoso y maligno que en los 70 había asesinado a serenos y guardias nocturnos cuando salía a robar? Se acordaban, vagamente. El calor atontaba a la gente, igual que la muerte. Más que de Carlitos y sus rizos de oro, nos hablaban de un hombre monstruo, asesino de niños en los años 30, un hijo de italianos de orejas enormes que dormía con cadáveres de pájaros bajo la cama y había muerto en la cár-

cel de Ushuaia. (Mi padre quería mudarse a Ushuaia: decía que allá, en el fin del mundo, había trabajo). Pero ¡quedaban tan lejos los años 30! No eran otro tiempo, eran otro planeta. ¿Ni uno ahora? ¿Ni un contemporáneo? Ninguno. Había criminales crueles pero mataban a sus mujeres, a su familia, por venganza, por dinero, por celos, por machistas cerdos, como decía mi madre. No mataban con método ni por puro placer ni por necesidad ni por ansiedad ni por compulsión. Cuando insinuamos que podían considerarse asesinos seriales a los dictadores, se enojaron mucho con nosotras. Es una falta de respeto lo que dicen. Mi mamá piensa eso, dije yo. Lo habrá dicho sin pensar, me contestaron. Otros callaban, pensando que, durante la dictadura, al menos no se cortaba la luz.

Virginia y yo, lo admito, no hablábamos de otra cosa. Todo nos parecía terrible y difícil de creer, como si fuesen rituales de una especie diferente. Las lámparas para leer hechas de piel, de cuero humano, que había fabricado Ed Gein después de despellejar a sus víctimas; los cadáveres que John Wayne Gacy enterraba bajo el parqué y su maquillaje de payaso cuando actuaba en fiestas infantiles; Ted Bundy y sus chicas de pelo largo, todas lindas, todas tan parecidas, una colección de muñecas destrozadas y abandonadas en las montañas. Richard Ramírez, que se metía en las casas por la noche, silencioso como una sombra y hermoso como un demonio del polvo. «A mí me hubiese matado», le dije a Virginia una vez, mientras mirábamos su foto: los ojos achinados, las caderas de estrella de rock, los pómulos como acero. De noche, me rodeaba el cuello con mis propias manos, en la cama, la cabeza sobre la almohada, y pensaba que las manos eran las de Richard, y que él apretaba hasta sacarme todo el aire, hasta romperme las vértebras. Yo sabía que, además, había violado a las mujeres, pero eso nunca aparecía en mis fantasías nocturnas, que eran delicadas y virginales.

Mis padres quisieron tirar el libro a la basura una vez. No había bastante muerte ya, acaso, decían, hablaban de la dictadura y los torturadores; no entendían que a Virginia y a mí nos gustaba otro tipo de infierno, un infierno irreal y ruidoso, uno de máscaras y motosierras, de pentagramas pintados con sangre en la pared y cabezas guardadas en la heladera.



Nuestra rutina era sencilla. De día buscábamos la frescura en la sombra y, si resultaba imposible, nos bañábamos en la pileta; jamás tomábamos sol. Al atardecer nos sentá-

bamos en la vereda o en la plaza y si por milagro alguna conseguía pilas, escuchábamos música en el grabador. Yo extrañaba la música más que cualquier otra cosa, mis case-tes prolijamente etiquetados que estaban muertos en el cajón porque si la electricidad volvía a la noche apenas podía escuchar unas pocas horas, en casa tenían que dormir, mis auriculares estaban rotos y no podía comprarme otros. Si ninguna conseguía pilas, que era lo más normal, leíamos nuestro libro de asesinos seriales en voz alta. En la plaza frente a la Catedral inestable fumábamos cigarrillos robados a padres y madres y tíos.

También fumábamos en la escalera de mi edificio, que siempre estaba fresca. Nadie nos prohibía fumar tabaco. No se veía nada en la escalera, pero al menos no hacía calor porque jamás daba el sol: tapaba la luz otro edificio y, además, las escaleras no tenían ventanas. En la oscuridad, las brasas se encendían con cada pitada, anaranjadas como luz de luciérnagas, y cuando alguien bajaba la escalera, a veces con una linterna, otras tanteando las paredes, no nos prestaba atención. Nadie nos prestaba atención. Si preguntaban por el punzante y todavía desconocido (para los adultos) olor a marihuana, les decíamos que era incienso y se lo creían. Ellos mismos le compraban incienso a los hippies de la plaza donde se vendían objetos inútiles, a veces para ofrendárselo a algún santito de yeso, a san Cayetano o a la Virgen, pidiendo trabajo.



Era aburrido ese verano del apocalipsis y no se terminaba nunca.

Todo cambió cuando mi vecino del séptimo piso, a quien conocíamos solo como Carrasco, mató a su mujer y a su hija. Lo hizo por la noche y nos enteramos a la mañana siguiente: había policía y bomberos por todos lados. Él se escapó de madrugada y las pocas horas de transmisión televisiva mostraban el identikit de su cara todo el tiempo, incluso se ofrecía recompensa.

Aquí es necesario abrir un pequeño paréntesis. Hacía dos años que mis padres y yo nos habíamos mudado a ese barrio de edificios que llamaban Las Torres. No eran viviendas sociales: esos proyectos bienintencionados no se hacían más en nuestro país. Eran solo viviendas baratas. Edificios de más de quince pisos con paredes muy finas que dejaban escapar todos los sonidos, los gritos, los gemidos de placer, las peleas, los llantos de los bebés, algún instrumento. Todos los departamentos eran iguales: un living comedor, una cocina pequeña junto a la puerta de entrada y una habitación grande, que la mayoría de las personas dividía en dos con un ropero o un biombo. Las cocinas tan cercanas a la puerta de salida provocaban un efecto indeseado: los pasillos olían a comida y eso estaba bien si alguien preparaba un rico tuco o alguna delicia especiada, pero era espantoso, daba náuseas, cuando quedaban flotando en el aire las fritangas, los pescados, el coliflor hervido, incluso la carne a la plancha que, al principio, huele deliciosa pero cuando se estanca insinúa un poco de podredumbre.

Virginia vivía en el séptimo piso, el del asesino y su familia. Ella no compartía la habitación única con sus padres: dormía en el living. A mí me parecía mejor: tenía privacidad. Cuando se lo sugerí a mi padre, pareció dolido, ofendido quizá. Quiso saber si el departamento me parecía poco; me pidió perdón por estar desocupado y por ser pobre. Yo solo le repetí la verdad: que prefería el living porque ahí estaba la televisión y, si había luz, podía verla; también podía leer hasta tarde sin molestarlos o escuchar la radio bajito. Él no pareció convencido. Murmuró algo sobre la promiscuidad y este país me tiene hartos, ya nos vamos a ir si podemos, hija. Cuando hablaba de irse, venía siempre un discurso sobre el error que había cometido mi abuelo español al nacionalizarse argentino. Al hacerlo, me había quitado a mí, su nieta, la posibilidad de heredar el pasaporte deseado porque el estado español solo reconocía el derecho nacional de los hijos. A mí me daba igual. Yo no quería irme

a España. Quería dormir en el living y poder volver a escuchar música.

Mi padre hablaba del futuro pero yo no lo entendía. Era tan lejano como los años 30 y el asesino de niños que había muerto en Ushuaia. Mi padre se preocupaba demasiado, igual que la madre de Virginia, que se la pasaba en camión y preguntándose en voz alta qué iban a hacer sus hijos, qué iban a hacer ellos, qué iba a pasar. La madre de Virginia me daba vergüenza; a Virginia también. Una vez la encontramos agitada en la escalera con las lágrimas secas en las mejillas; estaba gorda y le costaba subir los diez pisos hasta su departamento con las bolsas de la compra. La ayudamos sin decir nada. Por supuesto, el edificio tenía ascensor pero, ¿si cortaban la electricidad y alguien se quedaba adentro? Pasaba seguido en otros edificios, se decía y a veces los bomberos tardaban horas en llegar. De vez en cuando nos organizábamos para subir las bolsas de a poco y los más jóvenes hacíamos competencias de quién podía subir más pisos corriendo sin detenerse. Yo podía subir apenas cinco: tenía que parar, con la espalda empapada, la lengua afuera y el corazón rompiéndome las costillas. Virginia, que jugaba al volley, llegaba hasta el séptimo sin dificultades.